**PREFACIO**

*Diario de a bordo del buque Menkaura.*

*Fecha: 11 de noviembre de 1975*

*Apenas puedo escribir estas palabras debido a la debilidad de mi cuerpo, pero debo intentar que quede constancia de nuestra travesía y de todo lo acontecido. Salimos del puerto de Génova hace diez días, sin sobresaltos y con la mar tranquila. Había alquilado un pequeño buque que contaba con una grúa telescópica flotante. Ocupaba un espacio reducido, adecuado para no llamar la atención de la temida Guardia Civil española que patrullaba las costas. Curiosamente, era justo lo que necesitaba. No tardamos mucho tiempo en llegar a la costa de Cabo de Palos, cerca de Cartagena. El mapa con las coordenadas, por el que había pagado una pequeña fortuna, nos llevó sin problemas al lugar indicado. Recuerdo que la mañana era impoluta, bella. El mar, un reflejo de espejo y nubes, era de un azul intenso, oscuro y misterioso. El faro de Cabo de Palos se alzaba majestuoso a nuestra derecha y el pequeño pueblo de pescadores a nuestra izquierda. La cala marcada en el mapa se encontraba frente a nosotros. Me aseguré de nuevo, al leer el nombre en el mapa que adquirí en un país lejano, de sol abrasador y fragancias exóticas. Al cerciorarme de que estaba en el lugar indicado, supe que ese día mi búsqueda había llegado a su fin. Sentí una sensación que no había experimentado jamás y que recorría latente mis venas, como si se tratase de una droga potente. Ahí mismo, en ese preciso momento, yo, Ricardo Hernández Vyse, había conseguido encontrar lo que se creía perdido desde hacía más de ciento treinta y siete años: el sarcófago de Micerinos, perdido en el naufragio del buque inglés Beatrice frente a la costa española.*

 *Era invierno, el pueblo costero adormecía cuando echamos el ancla en el lugar que el mapa indicaba. Veía la cala, que tenía por nombre “La Cala del Muerto”, justo frente a nosotros. Primero empezamos enviando a los buzos a explorar la zona en busca del sarcófago. Lo encontramos después de cuatro horas que se hicieron eternas. Para entonces, el día se había tornado gris y amenazante. A pesar de esto, debido a la impaciencia, decidí seguir adelante con la extracción del sarcófago. La grúa fue eficaz y rápida sustrayéndolo del lecho marino. Una vez en la superficie, antes de intentar subirlo al barco, tuvimos que drenar el agua con una bomba. Todo el trabajo se veía amenazado y dificultado por el creciente viento y las olas, cada vez de mayor envergadura. El sarcófago era igual a la descripción que me había dado el hombre al que había comprado el mapa. Tenía forma rectangular, hecho de piedra de basalto, conmemorando, en los adornos, las fachadas de los antiguos palacios. Tallado sobre la piedra podía distinguirse columnas y lo que parecía la entrada a un recinto palaciego.*

*Se avecinaba tormenta, pero no quería rendirme. No después de todo el esfuerzo y el coste económico. Estaba arruinado. Esta era la última oportunidad de terminar lo que había empezado mi antepasado, el gran Coronel Richard William Howard Vyse, quien había intentado trasladar a Inglaterra el sarcófago de Micerinos, justo después de haberlo descubierto.*

*Cuando conseguimos vaciar el sarcófago de agua, mientras pendía de la grúa, el oficial de cubierta y el sobrecargo se acercaron para avisarme de que el barco estaba siendo arrastrado hacia la cala debido a la intensidad del viento. Corríamos peligro de chocar contra las rocas o de quedarnos encallados en el lecho marino. Mi frustración iba en aumento, pero decidí seguir adelante. De pronto escuché un grito tras de mí, la grúa se estaba quebrando. Era demasiado pequeña y no iba a aguantar el peso. Hice cálculos con rapidez. El barco de salvamento del que disponíamos aguantaría el peso del sarcófago, solo teníamos que mantenerlo firme mientras la grúa lo bajaba. Los tres marineros que quedaban en cubierta, junto con el sobrecargo, descendieron del buque hacia el barco. Pensé que era una proeza al verlos bajar por la escalera de cuerda amarrada a babor. La tempestad estaba ya sobre nosotros. El viento, calculé, era de unos nueve nudos, pero confiaba en que pudiésemos llevar el sarcófago a la cala y depositarlo allí. Más tarde volveríamos a por él con aguas más tranquilas.*

*Los buzos se subieron a la barca para poder ayudar, mientras el oficial de cubierta y yo manejábamos la grúa. Antes de que pudiésemos depositar el sarcófago en el barco de salvamento, nuestro pequeño buque se vio arrastrado violentamente hacia la cala, después de que la quilla chocase contra las rocas del fondo. Se oyó un estruendo y el barco dio una sacudida que provocó que me cayese de rodillas. Escuché el cable de la grúa soltarse y corrí, justo para ver que el sarcófago caía de nuevo. Antes de que el cable terminase de partirse la tripulación había conseguido guiar el sarcófago hacia el centro de la barca. Justo en ese instante una gran ola levantó el buque y la barca a la vez, arrastrándolos hacia la cala. En cuestión de segundos el viento se había vuelto huracanado, el cielo había roto sobre nuestras cabezas y la lluvia caía con tanta fuerza que hacía daño. Sentí que algo maligno se cernía sobre nosotros. Algo no quería que sacásemos el sarcófago de su tumba marina. En ese instante recordé el diario de mi antepasado. En él contaba que la tormenta que hundió el buque Beatrice había salido de la nada, desatando la furia sobre ellos. Me sacudí el malestar; había cosas más importantes en las que centrarse. Oía gritos provenientes de la cala, pero no podía ver nada. El buque era arrastrado hacia las rocas y se sacudía como una bestia enjaulada. Solo recuerdo ir hacia el puente y coger el diario de a bordo con el mapa doblado dentro, protegido en una funda resistente al agua. Lo metí dentro de la chaqueta mientras el oficial intentaba maniobrar el buque tratando de alejarlo de las rocas escarpadas y ponernos a salvo. A pesar de sus esfuerzos, yo sabía que todo estaba perdido. Con una violencia inusitada, el mar levantó el buque como si fuese un juguete, lanzándolo contra la pared lateral de la cala. No recuerdo nada más hasta que desperté dentro de esta cueva, refugiado de la tempestad.*

*Cuando me espabilé un poco pude oír que la tripulación gritaba en la entrada de la cueva. Me levanté despacio y caí hacia un lado, mareado, tenía un corte en la frente que sangraba copiosamente. Al rato conseguí incorporarme y acercarme a la entrada para ver qué ocurría. La fuerza del viento era, sin lugar a dudas, de doce nudos. El mar chocaba contra las rocas y contra la orilla de la cala, como queriendo volver a llevarse ese maldito sarcófago que había guardado en sus profundidades durante tanto tiempo. Pero mi tripulación, todos valientes hombres, arrastraba, ayudada por las olas traicioneras, el sarcófago hacia la apertura de la cueva para ponerlo a resguardo. Salí a ayudarles. Cada vez que una ola chocaba contra nosotros, empujábamos un poco más el sarcófago hacia adentro, ayudados por las miles de piedras redondas que cubrían el suelo.*

*Cuando por fin conseguimos meterlo dentro, comprobé que solo quedaba un pedazo grande de la tapa que debía haberlo cubierto. Tenía una cobra tallada, partida por la mitad, símbolo de la monarquía egipcia. Inclinado hacia abajo, metí medio cuerpo dentro del sarcófago. Vi algo que sobresalía de la piedra rota. Lo cogí entre los dedos y lo moví arriba y abajo hasta que se desprendió de la piedra que lo rodeaba. Era un colgante de oro que representaba el Ojo de Horus. Al sostenerlo en la palma de la mano, un viento gélido y maligno me envolvió, y sentí como si alguien susurrara al oído. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Bajé la vista de nuevo hacia el fondo del sarcófago y vi una inscripción en uno de los trozos de piedra. Pude descifrar, con la poca luz que entraba a través de la entrada, que decía lo siguiente:*

*“Zozobraréis y seréis ahogados en e…”*

*De nuevo me recorrió un escalofrío que hizo que mi cuerpo se sacudiese y que las gotas de sangre que me corrían por la frente cayesen encima del relieve de la tapa. Recuerdo fijarme largo tiempo en la sangre moviéndose sinuosa a través de las ranuras de la maldición tallada en el sarcófago, mientras escuchaba a mi espalda cómo una gran ola golpeaba con furia la entrada de la cueva. Quedé estático hasta que me percaté de que la ola se retiraba, llevándose con ella una avalancha de piedras de la cala que, al caer, cubrieron por completo la entrada de la cueva. Así fue cómo nos quedamos atrapados en nuestra oscura y húmeda tumba.*

 *Todos han sucumbido al hambre, la sed y al horror de nuestro encierro. Sólo yo sigo vivo, escribiendo con la débil luz que se cuela por un diminuto resquicio entre las rocas. Sólo me queda esperar que alguien encuentre nuestra tumba y este diario algún día. Deseo que quien encuentre nuestros cuerpos y ese maldito sarcófago nos abandone como nos encontró y que guarde para siempre el secreto sobre el lugar en el que se halla el sarcófago de Micerinos. Sé que no hemos estado solos. Él se ha ido llevando uno a uno a mi tripulación, dejándome a mí para el final. Yo tuve la osadía de sacarlo de su tumba. Le oigo venir. Siento su maldad, su furia, su odio. No me queda tiempo par*